

*D. Martín.* No necesitáis de ella: y estad segurísima que oiré con sumo gusto vuestras vicisitudes.

*Adelaida.* Mil gracias por tanta amabilidad. Sabed, amigo mio, que soy natural de un pueblo de este reino de Granada, de cuyo nombre no quiero acordarme. Mis padres me enviaron á las Salesas reales de Madrid, para que recibiera una educacion tan esmerada como á mi clase correspondia. Seis años pasé en este colegio, habiéndome grangeado la preferencia de mis directoras, por mi aplicacion y rápidos progresos en todos los ramos que constituyen su enseñanza. La satisfaccion que me causaba este aprecio distinguido, se neutralizaba con los sinsabores que me proporcionaban algunas de mis compañeras, que poco generosas, no podian soportar mi reputacion de talento y de aplicada, ni la consideracion que por semejante concepto merecia. Cuando salí de las Salesas permanecí una temporada en Madrid, en casa de la Baronesa de la Moda, una de las colegialas con quien tuvé la mayor intimidad, porque nuestros genios é inclinaciones se asemejaban mucho. Acompañada de su tío y tutor D. Baltasar Aguafria, vimos y registramos cuanto notable y curioso encierra la corte, exigiendo muchas veces la historia de los objetos de nuestra inspeccion. No satisfechas con lo interior de Madrid quisimos ver los sitios reales. En efecto los vimos y examinamos muy detenidamente, habiéndonos lisongeado sobremana las bellezas arquitectónicas del Escorial, de estas suntuosas parrillas cuya inmensa construccion contribuyó á agotar el Erario del poderoso Felipe II.

Estando en Madrid y siendo españolas, escusado me parece decir á V. que concurrimos diferentes lunes al espectáculo altamente nacional de los toros.

*D. Martín.* ¡Con qué gusto hubiese acompañado á VV.! Para mi no hay funcion como esta.

*Adelaida.* Pues no estamos muy acordes. Yo soy aficionadísima á todo lo romántico, y sin embargo no me place. La creo mas análoga á la edad media.

*D. Martín.* Señora, desengañese V.: lo bueno debe estilarse siempre: no debe ser patri-

monio de tal ó cual época. Y la funcion de los toros reúne circunstancias que la hacen muy superior á todas las conocidas.

*Adelaida.* Veo que dá V. la primacia á esta diversion sangrienta. No trato de combatir su gusto que respeto. Empero convenga V. conmigo que es mas propia de los siglos de las armaduras, de las baladas y de los torneos.

*D. Martín.* No puedo convenir en semejante cosa. Aun digo mas; que si los toros se desterrasen de España, los españoles degeneraríamos.

*Adelaida.* Si á V. le parece podremos dejar esta digresion en pie y la continuaremos otro dia, autorizándome ahora para proseguir en la relacion de mis sucesos.

*D. Martín.* Vos sois la reina y yo el vasallo.

*Adelaida.* Tanta bondad me confunde.

*D. Martín.* Todo os lo mereceis.

*Adelaida.* Mil gracias. Volvamos á mis acontecimientos.

Era tanto nuestro afán por instruirnos y adquirir por este medio celebridad, que paseando una noche por el Prado, resolvimos mi amiga la Baronesa y yo marchar á París, y consagrarnos al estudio, y al trato científico de los literatos mas distinguidos. Cuando una muger se determina, no hay poder humano que la contenga. Efectivamente; despues de luchar con mil obstáculos, no siendo el menor la consecucion del beneplácito paterno para mi viage, acompañadas del complaciente D. Baltasar Aguafria, salimos de Madrid, y llegamos á París el 6 de Julio del año 32. Quedamos agradablemente sorprendidas al ver esta gran capital. Madrid nos pareció desde este momento un miserable villorrio. Y á no haber sido por las observaciones de D. Baltasar, hubiésemos negado mil veces nuestro origen español, suponiéndonos naturales de Londres, Viena, Moscou ó Constantinopla, para que nuestra vanidad no quedara tan lastimada. Entonces conocimos que no se puede ser excelente estadista, eminente diplomático, ni profundo político, sin haber estado en París. Que es enteramente imposible brillar por las artes ó las ciencias, sin haber pasado algun tiempo á las orillas del Sena. Y últimamente, que es un